# Reseña: *L’invention du réalisme*, de Étienne Bimbenet

## Del realismo a las reglas

*L’invention du réalisme*, obra del año 2015 de Étienne Bimbenet (previamente conocido por *Nature et humanité* y *Après Merleau-Ponty*, y, más recientemente, por su *L’animal que je ne suis plus*) renueva el viejo problema fenomenológico del realismo -ya presente en la discusión husserliana acerca de la actitud natural- enmarcándolo como una cuestión de antropología filosófica. En efecto, el realismo -entendido precisamente como la *actitud* de concebir el mundo como trascendente a nosotros, como algo “más viejo que nosotros y que nos sobrevivirá”- es, según el punto de partida de Bimbenet -y en una original lectura del abordaje del problema animal por parte de Heidegger y Von Oexküll-, un rasgo distintivo del ser humano; ningún abordaje “continuista” que intente explicar las particularidades del *Homo sapiens* en términos de diferencias meramente de grado con respecto a la esfera de la animalidad podrá, so pena de distorsión, ignorar esta característica. Lejos de abandonar una preocupación -cara, por lo demás, al legado de Merleau-Ponty- por los resultados de las ciencias empíricas, Bimbenet se sirve precisamente de los hallazgos de la etología y la psicología del desarrollo para establecer las particularidades que oponen el “realismo humano” al “idealismo animal” e intentar, a continuación, explicar cómo aquel ha podido emerger.

En la primera de las tres partes en que se articula el libro, “Naturaleza y lenguaje”, el autor cuestiona los tratamientos del problema de la conciencia que obtendrían sus credenciales naturalistas justamente a riesgo de nivelar la especificidad de la percepción y el lenguaje humanos con respecto a sus contrapartes en el mundo animal. Enfrentado a la problemática de la representación, Bimbenet se opone a los enfoques que extienden el alcance de este concepto a un grado tal que queda borroneada la distinción misma entre la *conciencia* y procesos meramente mecánicos de “sensibilidad” al entorno. Una crítica similar, *mutatis mutandis*, es la que dirige a los análisis que -como es el caso del propio Merleau-Ponty- privilegian la dimensión específicamente *práctica* de la interacción humana con el entorno, en desmedro de la teórica: si -objeta Bimbenet- hemos de concebir el mundo como simple correlato de *nuestra* práctica, habremos renunciado *ipso facto* a siquiera describir nuestro realismo, el cual se caracteriza precisamente -contra el “idealismo animal”- por el movimiento por el cual el sujeto “sale de sí” y se convence de que el mundo es otra cosa que tal correlato; esto es, de que el mundo no es ontológicamente subjetivo-dependiente[[1]](#footnote-1).

A continuación, Bimbenet se centra en el problema del lenguaje para destacar el modo en que esta actividad se rige por convicciones realistas: hablar, nos señala, es siempre presuponer la existencia de aquello de lo cual se habla; nuestros juicios -y esto no tiene, según Bimbenet, parangón en el mundo animal- quedan marcados por el éxito o el fracaso en virtud de su adecuación o inadecuación a un *referente*, y no por la satisfacción de una necesidad práctica. En este punto, sin embargo, la fidelidad *descriptiva* de esta reconstrucción del realismo humano debe, subraya Bimbenet, conciliarse con la necesidad de ofrecer una *explicación* de la emergencia de tal actitud, y es aquí que la crítica a las teorías naturalistas y praxiológicas deja lugar a su opuesto simétrico, que hace del lenguaje una “especie de milagro”[[2]](#footnote-2). Así, el autor rechaza el “objetivismo semántico” de Frege por acercarse al fenómeno de la referencia asumiendo sin más la existencia de referentes reales a los que el sujeto parlante no hace más que acceder, tratamiento que perdería de vista el problema de cómo pudo *originarse*, en un ser viviente como el humano, esta capacidad[[3]](#footnote-3). Buscando el equilibrio entre los dos extremos, Bimbenet acepta provocativamente, quitándole los rastros de ironía que preserva en Derrida y Descombes, la lectura sobre el problema de la intencionalidad en Husserl que remarca cómo, para el filósofo moravo, “la relación intencional con el objeto […] va a su objeto por ella misma”; esto es, se dirige intencionalmente a aquel independientemente de que se encuentre dado o siquiera *pueda* darse[[4]](#footnote-4). Para Bimbenet, esta tesis de *Ideas I* reviste una importancia antropológico-filosófica de primer orden: el realismo consiste precisamente en la postulación, al modo de una “idea” kantiana, de un objeto susceptible de darse de modo completo, incluso si ninguna de nuestras experiencias -constantemente limitadas- autoriza tal postulado.

Esta tesis sobre una tensión entre lo dado y lo presupuesto, que Bimbenet ve como definitoria de la relación humana con lo real en tanto mediada por el lenguaje, da también ocasión al autor para introducir, en el capítulo VI, una discusión de la “pragmática trascendental” de Habermas y Apel; el realismo propio del lenguaje se extiende a la dirección de aquel hacia “una referencia y una comunicación indefinidamente abiertas”[[5]](#footnote-5). Bimbenet se suma aquí a los propios autores alemanes -y a sus críticos- al señalar las tensiones que comporta esta descripción del lenguaje: cualquier pretensión de validez lingüísticamente vehiculada nos lo presenta como “un conjunto de actos contingentes portadores de pretensiones infinitas”, que se compromete con “condiciones inverosímiles”[[6]](#footnote-6), frente a la cual parece tentador emprender una “reevaluación a la baja de estas pretensiones, en beneficio de una génesis más sobriamente empírica”[[7]](#footnote-7). Frente a tal amenaza reduccionista, Bimbenet insiste, siguiendo a Ferry, en que “el hecho de que no exista comunicación ideal no significa que no exista el ideal de la comunicación”[[8]](#footnote-8); más concretamente, la *experiencia* del lenguaje, la perspectiva de primera persona sobre este -enfoque que Bimbenet describe, en sentido lato, como “fenomenológico”[[9]](#footnote-9)-, implica un compromiso con las pretensiones idealizantes descritas por la pragmática apeliano-habermasiana, de modo que las limitaciones fácticas de una situación de comunicación solamente pueden ser constatadas desde la actitud de tercera persona de aquel que *no participa* en el intercambio lingüístico. Este “objetivismo”, pues, no puede pretender ofrecernos un análisis completo sobre lo que el lenguaje *es*. Reivindicando así el enfoque pragmático-trascendental, Bimbenet subraya así la confluencia de aquel con sus previas observaciones acerca de la percepción; esta filosofía es la que nos enseña finalmente “que el realismo es […] la consecuencia de una pretensión de totalidad planteada por un sujeto”[[10]](#footnote-10).

La segunda parte, “Carencia y exceso”, se inicia en consecuencia con la pregunta, planteada en el capítulo VII, acerca de esta idealidad que Bimbenet describe como una constante en la existencia humana. Aquí vuelve una vez más sobre Husserl, a quien reconoce el mérito de haber abordado *el* problema de una antropología filosófica que se tome en serio nuestro origen animal: la cuestión de “cómo un sujeto viviente puede salir de sí mismo”. Bimbenet destaca en Husserl la preocupación por investigar “la correlación particular entre los objetos ideales […] y lo vivido subjetivamente psíquico”; esto es, por recurrir a los datos de la conciencia para, sin embargo, cuestionar el psicologismo y fundamentar los derechos del conocimiento objetivo[[11]](#footnote-11). El autor francés rastrea en Husserl el esclarecimiento de la noción de idealidad, en el cual detecta, bajo la aparente univocidad del discurso husserliano, una doble formulación. Primeramente, el modo de ser de la idealidad aparece descrito en los términos de un realismo genérico: “es ideal aquello que no necesita de mí para existir”[[12]](#footnote-12). Sin embargo, para Bimbenet podemos encontrar en Husserl también una segunda formulación, centrada esta vez no en la *ausencia* sino en la *multiplicación* de las vivencias. La idealidad se define, en este caso, como la “unidad de significación” a través de la dispersión de aquellas[[13]](#footnote-13). Ahora bien, incluso si las dos definiciones coinciden en desplazar del centro a la subjetividad individual -la idealidad es correlativa de nadie o de todos-, es la segunda de ellas, remarca Bimbenet, la que pone de manifiesto la intersubjetividad, la que “no me deja solo frente a la cosa”[[14]](#footnote-14). El realismo puede entenderse así como resultado de “la comunicación”, tesis que el capítulo VIII, a continuación, intentará confirmar a partir de consideraciones psicogenéticas. La psicología del niño, señala Bimbenet, encuentra en el realismo precisamente su tema central: se trata de determinar cómo aparece en el niño la distinción, inicialmente inexistente, entre sí mismo y el mundo exterior, cómo este comienza a revelarse como independiente de aquel[[15]](#footnote-15).

Aquí la exposición de Bimbenet presenta dos etapas. Primero, siguiendo a Piaget, reconstruye el modo como el mundo empieza a presentarse para el niño como conjunto de “invariantes”, esto es, compuesto por objetos espaciotemporales con cierta constancia[[16]](#footnote-16). Pero, señala el autor, la trascendencia del mundo es más que esto, de manera que, abandonando la reconstrucción de una vida en solitario, debemos tomar en consideración el rol de la interacción para explicar el surgimiento del realismo[[17]](#footnote-17). El fenómeno que se revela aquí como clave es el de la comunicación pre-verbal: por medio del gesto con que el niño apunta a una cosa ante un tercero, al cual desea *llamarle la atención* sobre aquella, se revela que el niño reconoce ya como tales otros “estados internos”[[18]](#footnote-18). La postulación de un mundo *trascendente* sería, así, dependiente de la postulación de un mundo *común*[[19]](#footnote-19); no llegamos al mundo más que “llevados por el otro”[[20]](#footnote-20). La realidad tal como nos aparece en la actitud realista emerge del “sueño de un acuerdo completo con el otro”[[21]](#footnote-21).

Bimbenet intenta profundizar estas indicaciones cuando aborda, en el capítulo IX, el pasaje a la indicación específicamente *lingüística*. En este sentido, la conciencia que el niño tiene de la intersubjetividad puede analizarse -siguiendo el modelo del gesto pre-lingüístico- por medio de la distinción entre el lenguaje imperativo y el declarativo: mientras con aquel el niño solamente se dirige al adulto como un medio para obtener determinado fin, en el segundo caso el propósito es, a la inversa, la interacción misma con el adulto, para la cual es la cosa la que queda reducida al rango de simple medio. Así, la actitud declarativa aparece como un acto social fundamental[[22]](#footnote-22); el nombrar, como “declarar la cosa a la atención del otro”[[23]](#footnote-23).

En el capítulo X, que abre la tercera y última parte del libro, “Universalidad y necesidad”, Bimbenet introduce el problema paradigmáticamente social, pero soslayado hasta este punto del libro, que es la *normatividad*[[24]](#footnote-24). El realismo, señala aquí, es una creencia con caracteres que debemos rastrear en prácticas sociales. Ante todo, el autor se sirve de la obra de Durkheim para destacar el hecho de que la eficacia de la sociedad en el acto de instituir símbolos que serán tomados como representativos de lo real no se limita en la obra durkheimiana a un fenómeno puntual y no-racional como la religión: el “poder ontológico de las reglas” se extiende a “lo racional en nosotros, y por lo tanto a nuestra relación con lo real mismo”[[25]](#footnote-25). Los símbolos con que nos manejamos en nuestras actividades cognitivas se imponen “desde arriba”, en virtud de la autoridad de la sociedad[[26]](#footnote-26). Asimismo, esta autoridad de lo social hace que las idealidades sean percibidas *como* universales por los miembros de una sociedad incluso si, vistas “desde afuera”, ellas no son sino las elaboraciones contingentes de una sociedad particular[[27]](#footnote-27).

Esta tesis de la creación comunitaria y contingente de las certidumbres que atribuimos a la realidad es reforzada en el capítulo XI apelando a Quine y al Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* y *Sobre la certeza*-. “El realismo”, escribe provocativamente Bimbenet, “es un juego de lenguaje”[[28]](#footnote-28), impregna las categorías fundamentales de nuestro lenguaje y, si bien ellas son “instrumentos” de los que nos servimos y que podríamos abandonar, siguen siendo no obstante *los nuestros*, de manera que no se ve cómo podríamos, *nosotros*, pensar sin utilizarlos. Más en particular, Bimbenet rastrea algunas de las creencias fundamentales propias del realismo en el conjunto de las certezas de sentido común que Wittgenstein aborda bajo la célebre metáfora de los “goznes” gracias a los cuales puede girar la “puerta” de otras creencias: la certeza de que el mundo existía hace más de cien años está simplemente presupuesta para dar sentido a la creencia de que alguien escaló cierta montaña hace mucho tiempo[[29]](#footnote-29); por otro lado, estas certezas se adquieren (se “tragan”) en el ejercicio mismo de incorporarse a una comunidad de lenguaje. Esta línea de análisis del contenido de la actitud realista conduce asimismo, en el decimotercer y último capítulo del libro, a volver a la pragmática trascendental habermasiana, bajo el prisma del debate con Rorty: las presuposiciones idealizantes que intenta reconstruir Habermas como subyacentes a la práctica comunicativa, y que son vistas con desconfianza por abordajes más austeros, incluyen precisamente la convicción -sostenida más allá de toda “prueba”- de que los distintos sujetos de un intercambio lingüístico accedemos a un mundo que es independiente de nuestras descripciones y más viejo que todos nosotros[[30]](#footnote-30). Lejos de ser un postulado teórico abstracto, el realismo se revela una vez más como operante en la práctica e impuesto por las necesidades de esta.

## De las diversas maneras de decirse el realismo

El debate sobre el realismo, cuya antigüedad convierte en un desafío todo intento de elaborar un aporte original, aparece así en el libro de Bimbenet bajo un tratamiento cuidadoso y exhaustivo, a través de un manejo de fuentes que rebasa la tradición fenomenológica a la que pertenecen los primeros libros del autor e incluye un tratamiento detallado de otros autores de la filosofía continental (Apel, Habermas) y las corrientes analítica y neopragmatista (Quine, Wittgenstein, McDowell, Rorty). Si la mayor parte del libro ha de entenderse como un intento de *explicación*, científicamente informado -y objetado también sobre la base de estudios científicos[[31]](#footnote-31)-, de la emergencia del realismo, Bimbenet es consciente de que aquella necesita apoyarse en una *descripción* sobre en qué consiste tal explanandum, y es en este terreno descriptivo que encontramos algunos ejes dignos de destacarse.

Primero, es interesante remarcar que Bimbenet subraya el modo en que una actitud auténticamente realista necesita ser algo más fuerte que la simple conciencia de correlaciones sistemáticas entre posiciones del cuerpo propio y modos de darse de los objetos. Un intento de abordar el realismo de sentido común no puede simplificar su tarea señalando que, si la realidad de un objeto excede lo que captamos en una aprehensión sensible particular, esto se debe a que el objeto tiene también las propiedades que captaríamos desde *otras* posiciones; en rigor, el realismo “ingenuo” afirma mucho más que esto, a saber, que las cosas y sus cualidades específicas “no me debe[n] nada”[[32]](#footnote-32) y subsisten, de hecho, en correlaciones sistemáticas *con otros objetos* y no únicamente con las diferentes posiciones que podría adoptar un sujeto percipiente. La recusación de la tesis que -haciendo de la experiencia del mundo un conjunto de correlaciones sensoriomotrices- acorta la distancia entre el “idealismo” fenomenista y el realismo que se intenta analizar es tanto más relevante cuando notamos cómo ella aparece en aun más casos que los que Bimbenet toma en consideración; el debate Dewey/Russell sobre la naturaleza de la percepción sensible, por ejemplo, es otra instancia de la misma reducción del realismo a un “correlacionismo”[[33]](#footnote-33).

En segundo lugar, la descripción de Bimbenet sobre la actitud realista es quizá susceptible de mayor refinamiento. Nuestro punto no será aquí ahondar en la objeción según la cual el autor se habría sumado al elenco de filósofos realistas que crean en el “idealismo” un adversario inexistente[[34]](#footnote-34); antes bien, quisiéramos señalar que el tratamiento propuesto por Bimbenet sobre el debate realismo/idealismo, en continuidad con el “realismo especulativo” elaborado por Meillassoux, ataca una posición sin duda existente, pero que puede distinguirse de formas de “idealismo” menos cargadas y más plausibles. Concretamente: Bimbenet considera, como Meillassoux, que la cuestión del realismo puede describirse de manera privilegiada desde un aspecto *cronológico*; a saber, a partir de la constatación de que el mundo ha existido mucho antes que los sujetos conscientes[[35]](#footnote-35). Aunque Bimbenet completa a Meillassoux señalando que es la percepción, antes que la ciencia, la que nos enseña la trascendencia del mundo, ambos están de acuerdo en otorgar relevancia a los descubrimientos de la ciencia acerca de una realidad “sin nosotros” a la hora de comprender la relación subjetividad-mundo. Este énfasis no es, sin duda, arbitrario: la existencia de un mundo anterior y posterior a la conciencia es un auténtico problema para la fenomenología, y la respuesta que brinda sobre él, por ejemplo, un texto capital como lo es la *Phénoménologie de la perception* es característicamente insatisfactoria: Merleau-Ponty, como sabemos, pretendía resolver el problema de la precedencia del mundo respecto de la conciencia apelando a una fórmula que, en el mejor de los casos, resultaba enigmática: “Nada me hará jamás comprender qué podría ser una nebulosa que no fuera vista por nadie. La nebulosa de Laplace no está detrás de nosotros en nuestro origen; está delante de nosotros, en el mundo cultural”[[36]](#footnote-36). Esta era una respuesta que dejaba irresuelto el problema central del *referente* de esos objetos del “mundo cultural” que son nuestras teorías; esto es, si, y concretamente cómo, estamos *epistémicamente justificados* (dado que se trata justamente de teorías, no de obras de ficción) al postular entidades a las que tendríamos que atribuirles una localización cronológica anterior a la conciencia humana. Contra esta clase específica de idealismo, no cabe duda de que un realismo como el que defiende Bimbenet tiene el mérito de acercarnos a hacer justicia al hecho de que la conciencia no es eterna; que ella ha *surgido* en un determinado momento. Sin embargo, *L’invention du réalisme* parece omitir la circunstancia de que la polémica sobre el realismo ha incluido, históricamente, no solo referencias a la trascendencia *cronológica* de la realidad con respecto al ser humano, sino también a la posibilidad de una deficiencia *estructural* de nuestro conocimiento en comparación con una realidad que presuntamente aquel no podría captar en su ser “en sí”. “Realistas” han sido no solo teorías que se comprometen con la postulación de un mundo “sin nosotros” (y esta postulación no necesita negar que afirmamos la existencia de tal mundo precisamente porque *nuestro conocimiento* tiene un alcance lo suficientemente grande como para llegar a reconstruir el pasado y predecir el futuro); “realistas” son, también, teorías que declaran que la realidad es independiente de nuestras capacidades cognitivas incluso en el sentido de que estamos autorizados a postular como “real” presuntas cosas en sí que, por hipótesis, jamás podremos llegar a saber que existen. Bimbenet no se pronuncia acerca del “idealismo” más moderado que exigiría, simplemente, que no postulemos como real ninguna entidad más allá del alcance de un conocimiento, si no actual, al menos *posible*; sin embargo, se trata de una posición razonable, el cotejo con la cual permitiría precisar mejor el tipo de “realismo” que defiende el autor francés y cómo este se vincula con la herencia fenomenológica.

1. *Cf. I.R.*, p. 76. [↑](#footnote-ref-1)
2. *I.R.*, p. 103. [↑](#footnote-ref-2)
3. *I.R.*, pp. 101-102. [↑](#footnote-ref-3)
4. Descombes, Vincent, *Les institutions du sens,* Paris, Ed. de Minuit, 1996, p. 36*,* citado en *I.R.*, p. 119. [↑](#footnote-ref-4)
5. *I.R.*, p. 127. [↑](#footnote-ref-5)
6. *I.R.*, p. 128. [↑](#footnote-ref-6)
7. *I.R.*, p. 128. [↑](#footnote-ref-7)
8. Ferry, J.-M., *Philosophie de la communication*, I, p. 38. Citado en *I.R*., p. 132. [↑](#footnote-ref-8)
9. *I.R.*, p. 139. [↑](#footnote-ref-9)
10. *I.R.*, p. 139. [↑](#footnote-ref-10)
11. *Cf. I.R.*, p. 151. [↑](#footnote-ref-11)
12. *I.R.*, p. 152. [↑](#footnote-ref-12)
13. *I.R.*, p. 156. [↑](#footnote-ref-13)
14. *I.R.*, p. 139. [↑](#footnote-ref-14)
15. *I.R.*, p. 171. [↑](#footnote-ref-15)
16. *Cf. I.R.*, pp. 171-176. [↑](#footnote-ref-16)
17. *Cf. I.R.*, p. 176. [↑](#footnote-ref-17)
18. *Cf. I.R.*, p. 177. [↑](#footnote-ref-18)
19. *I.R.*, p. 180. [↑](#footnote-ref-19)
20. *I.R.*, p. 181. [↑](#footnote-ref-20)
21. *I.R.*, p. 207. [↑](#footnote-ref-21)
22. *Cf. I.R.*, p. 187-188. [↑](#footnote-ref-22)
23. *I.R.*, p. 191. [↑](#footnote-ref-23)
24. *I.R.*, p. 208. [↑](#footnote-ref-24)
25. *I.R.*, p. 212. [↑](#footnote-ref-25)
26. *Cf. I.R.,* p. 219. [↑](#footnote-ref-26)
27. *“*La sociedad no es jamás otra cosa que la parte (particular) de un conjunto más vasto que se llama humanidad, pero es propio de ella tomarse por la humanidad. Sus instituciones, sus reglas, las normas de su funcionamiento hacen autoridad, lo que quiere decir que, implícitamente y antes de toda reflexión, ellas pasan por buenas absolutamente”. *I.R.*, p. 221. [↑](#footnote-ref-27)
28. *I.R.*, p. 239. [↑](#footnote-ref-28)
29. *Cfr. I.R.*, p. 242. [↑](#footnote-ref-29)
30. *Cfr. I.R.*, p. 295. [↑](#footnote-ref-30)
31. *Cfr*. Al Saleh, Cristophe, « Aux frontières du réel », La Vie des idées , 30 mars 2017, para una recensión del libro enfocada en el aspecto específicamente explicativo. Al Saleh cuestiona, en particular, la plausibilidad de la tesis de Bimbenet según la cual la actitud realista habría de hallar su génesis en una previa asimilación del mundo *social*; esta tesis, según su crítico, no logra dar cuenta apropiadamente del modo en que el realismo es apropiado también por niños afectados de trastornos como el autismo. [↑](#footnote-ref-31)
32. *I.R.*, p. 75. [↑](#footnote-ref-32)
33. *Cf.* Russell, Bertrand, Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy, London, Routledge, 1914; Dewey, John, “The Existence of the World as a Logical Problem”, en *John Dewey: The Middle Works 1899-1924, vol. 8: 1915*, J. Boydston (ed), Carbondale: Southern Illinois University Press, 1979, pp. 83-97. [↑](#footnote-ref-33)
34. “Bimbenet […] identifica el idealismo con el subjetivismo y el relativismo más elemental, en el estadío de la conciencia del animal que, incapaz de objetivar el mundo como realidad fuera de él, hace de aquel una simple extensión de la cual él es el centro. Pero […] ningún filósofo idealista ha jamás sostenido este tipo de posición”. Fogiel, Thomas, « L'opposition entre réalisme et idéalisme ? Genèse et structure d'un contresens », Revue de Métaphysique et de Morale, No 3/2017, p. 394. [↑](#footnote-ref-34)
35. *Cf.* Meillassoux, Quentin, *Après la finitude*, Paris, Éditions du Seuil, 2006, esp. pp. 24-38 y pp. 155-178. [↑](#footnote-ref-35)
36. Merleau-Ponty, Maurice, *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard, 1945, p. 494. [↑](#footnote-ref-36)